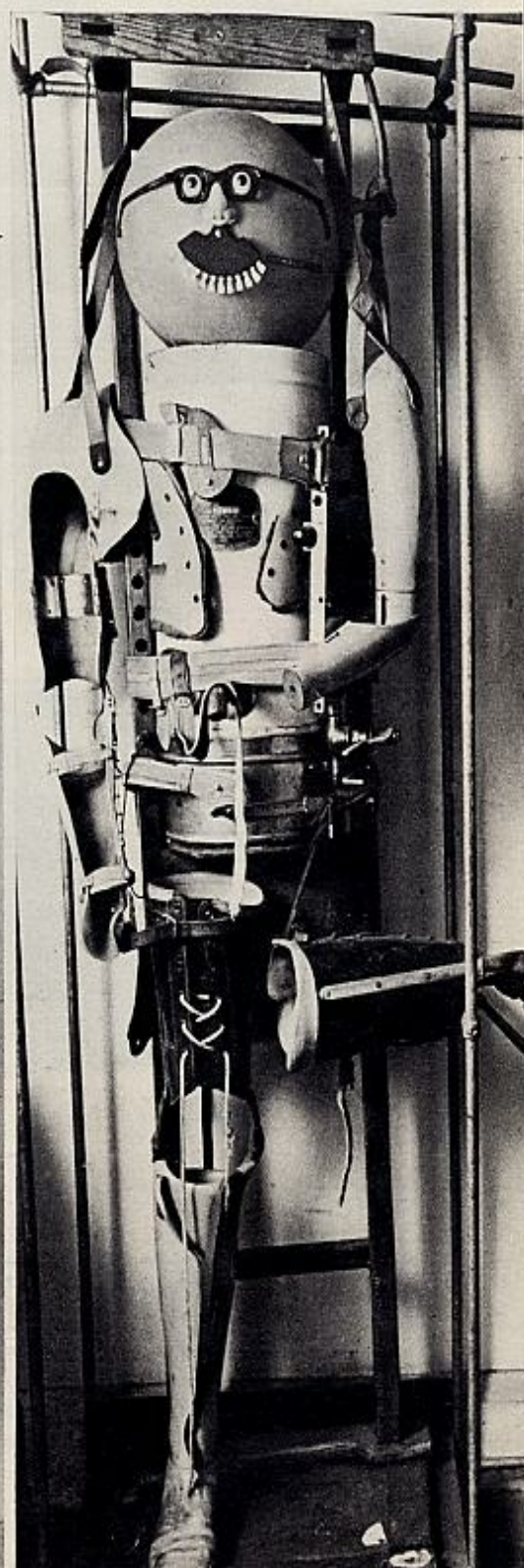
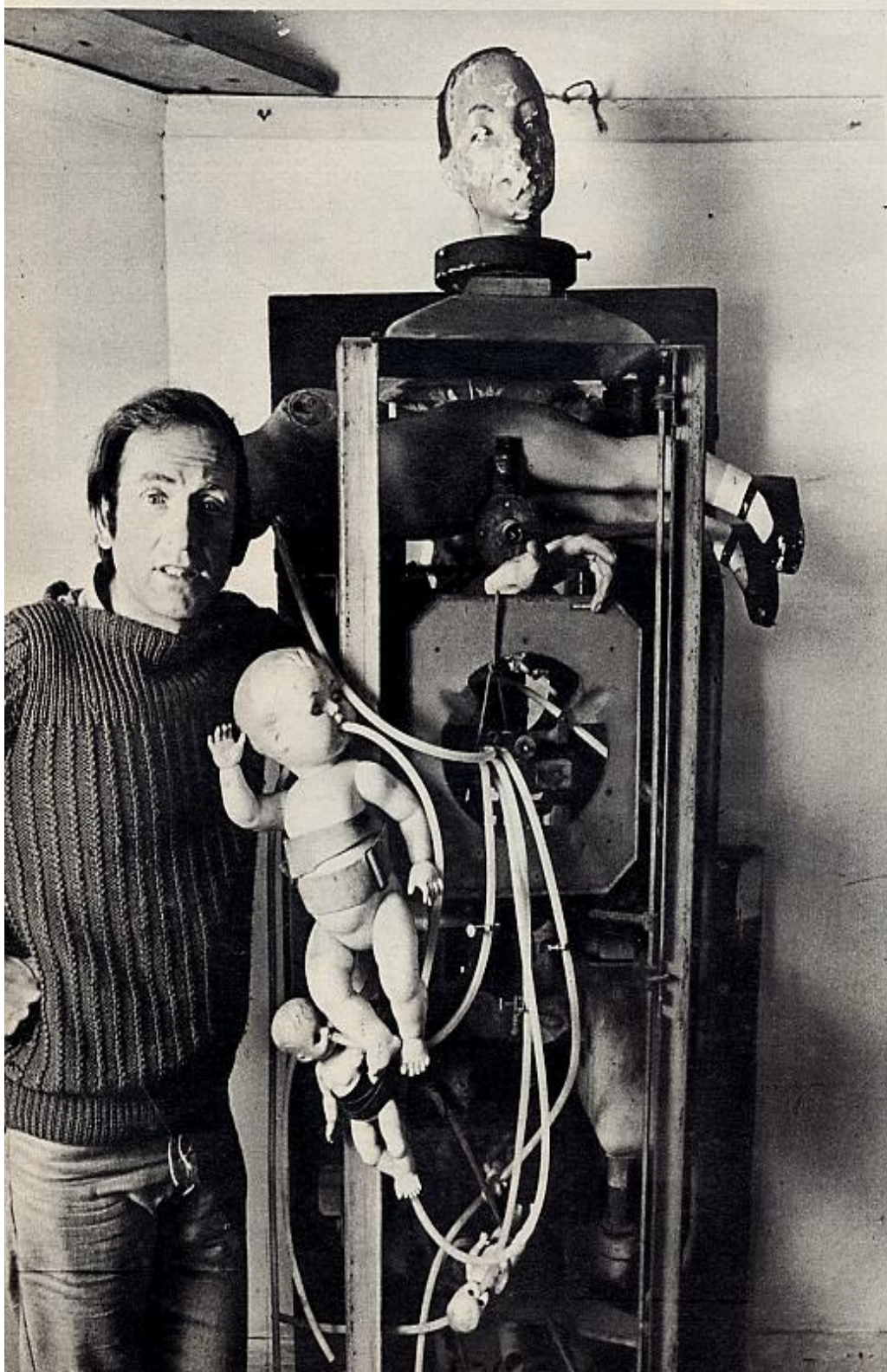
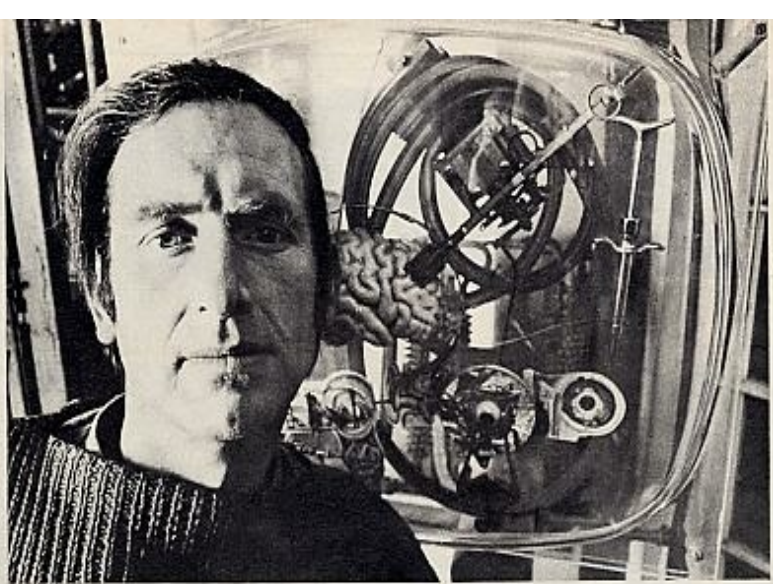


# ESCULTURA CHATARRA



**L**a belleza reside en el ojo de quien contempla, escribió Shakespeare una vez. Aljún cinco podría replicar que tan sólo el artista es el creador de la mayor parte de las creaciones —pintura o escultura— de nuestra época. Y esta apreciación quizá se le pudiera aplicar a Bruce Lacey, escultor londinense cuyos materiales de trabajo los extrae de los basureros y los montones de chatarra. Pero la apreciación estaría fuera de lugar porque lo que busca Lacey —como tantos otros artistas de nuestro tiempo en crisis— no es, desde luego, la belleza, sino la emoción o la protesta. Se protesta de la injusticia, del conformismo, de la guerra, de la estupidez, de la fiuñería o se busca el límite emocional por los caminos que a veces significan lo contrario de todo eso y con la mayor libertad posible.

Nunca el arte ha sido tan libre como ahora ni su campo ha sido tan extenso. Tampoco nunca ha limitado tanto su vñejo afán de eternidad. El artista no aspira hoy a pasar a ningún Olimpo; ni siquiera le interesan los museos. Su propósito puede ser permanecer el tiempo mismo que dura la sorpresa; luego, la obra ya no interesa y hay que crear inmediatamente, y con toda urgencia, otra. Como la belleza no importa y puede que lo que importe sea lo feo, todos los materiales son buenos

si sirven para la revuelta, el bofetón, la ira, el insulto, porque muchas veces lo que está frente a nosotros como una obra de arte es el escupitajo que su creador nos arroja. O puede que no haya ni siquiera el propósito de hacer arte, sino todo lo contrario, es decir, el no hacer...

Lacey explica que si la mayoría de los escultores juntan los objetos por razones estéticas, él lo hace por razones concretas. En este sentido, Lacey es un realista que parece reducir su propósito sólo a lo que se ve, a lo que ve su ojo y a lo que ve el ojo del espectador. Ni más ni menos. Pero con el intenso patetismo que se desprende de los objetos muertos, de los objetos del Bastro.

Lacey nació en 1927, realizó estudios en el Royal College of Art, de Londres, y ganó un diploma y una beca para viajar por Italia y Oriente Medio. Tras terminar su carrera trabajó en el famoso y satírico Establishment Club. «Fue allí donde empecé a oñiar a los actores y me dediqué a construir actores electrónicos». Así surgieron sus primeros «humanoides», sus primeras esculturas «concretas», en las que abordaba temas sociales y políticos atacando la guerra y denunciando la opresión, para derivar a una especie de «sáltra seca» de los personajes supuestamente importantes.

Lacey ha celebrado exposiciones en numerosos

lugares y salns, incluida la Marlborough Galleries, de Londres, y las ciudades de La Haya, Viena, Berlín y Estocolmo. También ha pronunciado conferencias en varias sociedades y escuelas de bellas artes. Entre sus clientes figura George Melly, dueño de una sala de exposiciones, cantante de jazz y crítico.

Cuando el Gemeente Museum de Holanda quiso adquirirle una de sus obras y los administradores del mismo se negaron a ello, Lacey declaró: «El mundillo académico de la escultura no se decide a aceptar... Incluso el Royal College of Art cree que mi obra es más apropiada para un museo de ciencias naturales». Estas palabras pudieran hacer creer que el artista ironiza sobre su obra, pero ésta es realizada absolutamente en serio. «Creo que es deber de todo artista comentar estas cosas. El es, en efecto, la única persona que puede ver las cosas de un modo objetivo».

Entre sus obras figuran las que se reproducen en estas páginas. Arrriba, «La máquina cerebral» (plástico, metal y ultrasonidos). Abajo, y de izquierda a derecha, «Maternidad», «Ataque a la cirugía de piezas de recambio» y «El pollito». Esta última expulsa aire caliente por la boca y habla por medio de una cinta magnetofónica.

P. A.

(Foto JOHN DRYSDALE, CAMERA PRESS - ZARDOYA)

